



Quincy Troupe en Puerto Príncipe, Haití, marzo 1991.

Foto: Ebbe Traberg.

La memoria habitada

Con los 65 años recién cumplidos, Miles Davis sigue siendo el objeto de nuestra máxima atención. Cada vez que el jazz ha dado un giro en su larga evolución, cada vez que ha arrancado en nuevas direcciones, presionado por el miedo de estancarse y perderse en estériles repeticiones, este gran precursor se ha adelantado sorprendiendo a todo el mundo con sus ideas revolucionarias. Lleva décadas creando estilos y fundando escuelas, toda una legión de jazzmen le han seguido e imitado. Su inmensa obra es seguramente la que mayores pasiones haya despertado y, al mismo tiempo, la que mejor conozcamos. Ha sido detalladamente descrita y analizada en varias obras de indudable valor, por ejemplo por Ian Carr en su *Miles Davis, A Critical Biography* (1982) y por Jack Chambers en su *Milestones 1 & 2* (1983, 1985).

Pero si el músico nos resulta familiar después de tantos años de convivencia, la persona que se esconde detrás del artista nos ha parecido siempre un enigma. ¡Cuántas veces nos ha causado impacto y extrañeza, hasta estupor e indignación tanto con sus afirmaciones y negaciones como con sus silencios! Davis ha sido siempre polémico, una rara, casi mítica mezcla de timidez y arrogancia, con una actitud a menudo hostil que le hace inaccesible y que al mismo tiempo le protege contra todo lo que no le interesa, contra todos los que quieren robarle su tiempo. La lectura de su autobiografía —obra densa de más de 400 páginas, escritas en colaboración con el joven universitario Quincy Troupe— le hace, por fin, mucho más humano.

Para mi el porvenir empieza cada mañana cuando despierto, declara Miles Davis queriendo así mostrar y subrayar su absoluta falta de interés por el pasado. Afortunadamente la mayor parte de su libro desmiente esta postura. En varios capítulos habla de su infancia en Saint Louis y su juventud en Nueva York, describe su música en pormenores, cuenta mil y una anécdotas y revela infinidad de facetas hasta ahora desconocidas. Con sinceridad declara su deuda hacia una larga serie de maestros que fueron decisivos para su formación, con gran respeto habla de Gil Evans, Thelonious Monk, Charles Mingus, Bill Evans, John Coltrane, Freddie Webster, Fats Navarro, Philly Joe Jones, Wynton Kelly y tantos otros músicos desaparecidos con quienes grabó algunas de sus obras más significativas. Es siempre radical en sus opiniones, pero rara vez se muestra injusto. No intenta ocultar los múltiples problemas que ha conocido a través de su larga carrera, y tiene siempre una idea clara de las distintas etapas de su vida, sobre todo acerca de las tres fases más creativas que, según su propia estimación, son 1945-49, 1954-60 y 1964-68.

Miles Davis habla y habla sin cesar a su co-autor que ha dedicado años a grabar sus conversaciones y discusiones con el trompetista, transcribir las cintas y ordenar el material. Casi todo lo que se dice en el libro viene directamente de la boca del gran músico cuyo lenguaje tan particular resulta absolutamente auténtico aunque a veces monótono. El libro revela una vida extremadamente tumultuosa dominada por la creación constante y también por el orgullo de pertenecer a la raza negra, orgullo que de manera automática se convierte en un odio hacia todo lo blanco que se siente sincero.

Leyendo su autobiografía uno se siente mucho más cerca de este gran artista y de los misterios que encierra. ¿Será verdad todo lo que se dice en ella? A veces cuesta creerlo. Pero sabemos también que la verdad se debe buscar en su música, en este único sonido de trompeta que para Miles no es más que otra faceta —la más bella— de la voz humana.

Ebbe Traberg